- **¿Cuál es el origen y el sentido del carnaval? ¿Qué relación tiene con el miércoles "de ceniza" y la Cuaresma?**

Días atrás el Arzobispo de La Plata, Mons. Héctor Aguer, escribió una carta en la que explica el sentido de la Cuaresma y del Carnaval. Sobre esta última, dice el arzobispo que se trata de una fiesta que, si bien tiene orígenes muy remotos y pre-cristianos, fue el cristianismo (una vez que fue adquiriendo relevancia social) quien le ha dado un sentido más hondo, en estricta relación con el tiempo de Cuaresma celebrado por los cristianos. No es unívoca la explicación que intenta poner fecha de inicio a los Carnavales. Algunos etnólogos y los folcloristas, dice Aguer, «han relacionado esta fiesta popular con antiguas festividades romanas como las Saturnales y las Bacanales, que modificadas y atenuadas pervivieron en ámbitos cristianos desde el comienzo. Apuntaron también a otros posibles antecedentes, griegos o egipcios, y también a las religiones de misterios. Los desbordes se apoyaban en mitos propios de una concepción mágica del mundo». Primer origen posible, entonces: festividades paganas ligadas a la mitología. Otra explicación cree encontrar el origen del carnaval en procesiones marinas que se hacían en la apertura de la temporada de la navegación al llegar la primavera: «Car–navale, es decir, *carrus navalis*, un carro en forma de barco en el que se llevaba la imagen de la divinidad a la que se daba culto y se recurría para la ocasión», escribió Aguer. Otros estudiosos señalan que las fiestas de Carnaval se hacían para satisfacer las ansias de nivelación social, ya que durante esos días se abolía la distinción entre las clases libres y los esclavos. De hecho los disfraces, algo típico del Carnaval, disimulan las identidades. Sinceramente, no sabemos a ciencia cierta cuál de todas las explicaciones tiene mayor asidero histórico. O quizá todas contengan una cuota de verdad. Pero una cosa sí sabemos, y es que el Carnaval en los países cristianos ha tenido un sentido distinto, una vivencia diferente que no ha sido producto de concepciones mágicas, ni de rituales estacionarios ni tampoco por un afán de igualación social. Para la Iglesia, su sentido depende de otro "sentido", de otra ritualización o práctica la cual, en la Palabra de Dios escrita, viene llamada con el nombre de *Cuaresma*.

Cuaresma viene del número cuarenta. Cuarenta es, en la Sagrada Escritura, un número simbólico que se repite en varios momentos de la historia de Israel. Moisés, mediador de la Alianza, permaneció en el monte cubierto por la nube cuarenta días y cuarenta noches (cf. Ex. 24,18). En su travesía por el desierto a la salida de Egipto, los israelitas comieron el maná durante cuarenta años (cf. Ex. 16,35). En el año cuadragésimo Moisés, como portavoz de Dios comenzó a exponer al pueblo la instrucción que el Señor le encomendó transmitirle (Dt. 1,3). En el Antiguo Testamento encontramos además otras dos cuarentenas penitenciales. Durante cuarenta días y cuarenta noches se desencadenó el diluvio para castigar a la humanidad pecadora; el arca flotó sobre las aguas encerrando en ella las primicias de una nueva humanidad. La segunda penitencia o purificación cuaresmal la leemos en el libro del profeta Jonás, quien llevó su anuncio a los paganos de Asiria, urgiéndolos al arrepentimiento: «si no se convierten dentro de cuarenta días Nínive (la capital del imperio) será destruida», advirtió a los ciudadanos (cf. Jon. 3,4). Los habitantes de Nínive obedecieron e hicieron penitencia. Y Dios, al ver el cambio de actitud, cambió de parecer, "se arrepintió" de sus amenazas y optó por no castigar a la ciudad.

Ya en el Nuevo Testamento san Mateo y san Lucas consignan en sus evangelios el ayuno cuadragenario cumplido por Jesús antes de iniciar su misión pública. En el desierto estuvo cuarenta días orando y ayunando. En esa cuaresma el Señor tuvo hambre y padeció fuertes tentaciones del diablo, las cuales, finalmente, logró superar. Desde entonces, la Iglesia católica –imitando a su Maestro- nos invita a prepararnos para revivir la gran misión de Cristo: su pasión, muerte y resurrección. Y para ello nos pide a nosotros sus hijos que, especialmente en la Cuaresma, dejemos a un lado los placeres carnavalescos, aquellos deleites puramente carnales que hacen pesada al alma y reducen nuestra vida interior a una pobre vida de relación solo con nosotros mismos y con nuestros propios intereses. Por el contrario, el fin de la Cuaresma es dar más lugar al Espíritu Santo en nuestras vidas, abrirnos a Dios y los demás, para lo cual hay tenemos que corregir y disciplinar nuestras tendencias egocéntricas y mundanas. Hay quienes afirman que la palabra *carnaval* podría tener su origen en *carne-vale*: vale la carne, los placeres, la fiesta, el jolgorio. El triple pedido durante la Cuaresma -por parte de la Iglesia- de dar limosna, orar más y ayunar es una manera concreta de mostrar interés por el bien ajeno y desapego por los placeres que tantas veces atornillan nuestro espíritu a las cosas de este mundo. Me refiero al amor al dinero y al deseo exagerado de saciar desordenadamente las pasiones.

A su vez, el tiempo de Cuaresma se inicia con el miércoles de ceniza. Ese día, en la Misa, el sacerdote coloca ceniza en la cabeza de los fieles como signo recordatorio de la fugacidad de vida humana (venimos de la nada y algún día seremos polvo), de nuestra fragilidad y necesidad que todos tenemos de ser auxiliados por Cristo Salvador.

Mi reflexión final es que el carnaval tiene sentido solo cuando luego viene un tiempo que ya no es festivo sino penitencial. Cuando -como dice una conocida canción- "la vida es un carnaval", es decir cuando todos los fines de

semana del año hay ruido, mucho alcohol, sexo, música fuerte, baile, entonces… la fiesta de carnaval solo agrega como distintivo y original algunas pintorescas comparsas o carrozas. Lo que debiera otorgar sentido al carnaval de febrero no es más carnaval anual sino lo distinto él: el silencio, la oración, el sano desapego de los placeres sensibles. La Iglesia, al pedirnos que vivamos bien el tiempo de la Cuaresma, no solo dispone a los cristianos a la vivencia de la Semana Santa sino que también intenta dar al Carnaval su justo sentido; sin negarlo o condenarlo pero, a su vez, recordándonos que –al menos en este mundo- hay un tiempo para reír y bailar, de igual modo que hay un tiempo para dolerse y rezar.

Dios los ben†diga.

P. Gabino

(Pquia. "San Demetrio")